

Aproximaciones teórico-metodológicas del estudio “Ser indio en la Frontera Sur: identidad, relaciones interétnicas y guerrilla”¹

Delmar Méndez²

Nolasco, M., M. Alonso, M. Hernández, H. Cuadriello, R. Megchún, A.L. Pacheco y L. Arturo Barrientos, (2005) “Ser indio en la frontera sur: identidad, relaciones interétnicas y guerrilla”, en Bartolomé, M. (Coord.), *Visiones de la diversidad. Relaciones interétnicas e identidades indígenas en el México actual*. México, INAH. Pp. 215-281.

En este ensayo los investigadores ofrecen una amplia descripción de los procesos históricos, políticos, económicos y socioculturales que se manifiestan por medio de las relaciones que establecen las distintas comunidades y los actores que habitan en las regiones que conforman la Frontera Sur de México. Los autores recuperan varios de los acontecimientos vividos en las últimas décadas del siglo xx y en los primeros años del siglo xxi, a partir de un trabajo etnográfico y de un recorrido por las regiones.

Son tres los objetivos centrales que pretendo reflexionar. El primer punto es pensar cómo los investigadores desarrollan y construyen el concepto de *región* y cuáles son las características que lo componen; el segundo, describir el trabajo etnográfico realizado en las regiones trabajadas y los hallazgos expuestos en el estudio, y el tercero, analizar el modo en que los autores conciben lo “indígena”, es decir, las relaciones, las rupturas, las dinámicas y los encuentros interétnicos que se establecen con los ladinos y mestizos, que son concebidos de manera interrelacional.

La investigación se sitúa en cuatro estados de la República: Chiapas, Tabasco, Campeche y Quintana Roo. Dada la amplitud espacial de ésta, algunos procesos sociales, políticos y económicos que se expresan en las regiones se describen de manera mínima. No obstante, logran articular aquellos que comprenden a Chiapas —aun cuando no se explique el por qué, deduzco que se debe a que es el estado en donde los in-

vestigadores han desarrollado un trabajo etnográfico con mayor amplitud— que se regionaliza en cuatro zonas: Los Altos, La Selva, El Soconusco y El Norte. Cada una de éstas tiene características particulares que son expuestas en un apartado introductorio.

Los Altos es visto como una región territorial “que pasó de ser una cerrada región de refugio a constituir el escenario de una pequeña metrópoli capitalista” (Nolasco *et al.*, 2005: 215) poblada, mayoritariamente, por tseltales y tsotsiles quienes conviven con comunidades ladinas y mestizas situadas en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, considerada uno de los principales corredores económicos de Chiapas. La Selva es vista como “una región multiétnica y multilingüe” (*Idem*) en la que residen inmigrantes tseltales, tojolabales, chóles y zoques, quienes llegaron por diversos factores: desplazamientos religiosos, desplazamientos a causa de fenómenos naturales, por la búsqueda de tierras, entre otros. También es considerada una zona de refugio para las familias de Guatemala que arribaron en la década de los ochenta. Asimismo, es una región en la que surge uno de los movimientos políticos-sociales más importantes de la última década del siglo xx, es decir, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). El Soconusco es una región donde se localizan diferentes grupos indígenas como los mames, mochós, tojolabales, kanjobales, chuj y otros. En ésta “se ubican desde las pequeñas y medianas fincas cafetaleras y las haciendas ganaderas” (*Ibid.*: 216) de constante lucha por la tierra, que fueron constituidas en ejidos, en donde los pueblos han tratado de reconstruir su cultura, sus mitos y sus ritos. Y el Norte es una región donde los chóles han defendido su territorio ante la presencia de grupos paramilitares, quienes han ocasionado diversos enfrentamientos y desplazamientos forzados. Es también, para los autores, “una zona de paso para los que salen de Los Altos y La Selva al peonaje enganchado a Tabasco” (*Ibid.*: 217). Finalmente, está la región fronteriza de Campeche y Quintana Roo, donde se sitúan los refugiados guatemaltecos.

En cada una de las regiones los investigadores describen varios acontecimientos que se problematizan, tales como la identidad étnica, las relaciones interétnicas, los procesos de migración, las zonas de refugiados, los movimientos indígenas, la formación de organizaciones campesinas, las nuevas conciencias político-religiosas, las nuevas prácticas religiosas no católicas, las formas de dominación, la presencia de los partidos políticos, la militarización, el movimiento armado y

¹ Reseña del Equipo Regional Chiapas, coordinado por Marina Alonso, dentro de la línea de investigación “Las regiones indígenas a prueba de la etnografía” (2018) del Programa Nacional de Etnografía de las Regiones Indígenas de México (PNERIM) del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

² PNERIM-INAH. Equipo Regional Chiapas. Correo de contacto: delmarmego@gmail.com

el paramilitarismo. Para hilar las reflexiones, los autores desarrollan el escrito en cuatro campos principales: 1) el contexto: los actores de la complejidad en la Frontera Sur; 2) relaciones interétnicas; 3) los movimientos etnopolíticos: el EZLN; y 4) las identidades indígenas en la Frontera Sur. Se logra percibir el amplio trabajo de campo que realizaron en las regiones, aunque, a mí parecer, hizo falta la integración de un número mayor de testimonios, de tal modo que se articularan las vicisitudes de quienes son los actores de estudio.

En el primer campo temático, “el contexto: los actores de la complejidad en la Frontera Sur”, los autores nos sitúan en los estados y sus regiones. Sin embargo, en ningún momento explican —quizá intencionadamente— cómo conciben la Frontera Sur y las regiones, y cómo, metodológicamente, establecen las relaciones entre éstas. Ello nos lleva a un primer reto: comprender el concepto de *región* a partir de los elementos que nos proporcionan. En primera instancia no hay una definición de lo que se entiende por “región”, más bien, se da por hecho que se trata de un espacio territorial en el que viven y conviven distintos grupos étnicos con sus propias dinámicas, marcos culturales y lingüísticos; con sus formas específicas de organización y participación social, en donde se manifiesta un fuerte flujo de migración de indígenas y campesinos auspiciado por la falta de tierras en sus lugares de origen, por la violencia religiosa, por los desastres naturales y por la presencia de grupos paramilitares.

En segunda instancia, la segmentación de las regiones se desarrolla a partir de la regionalización socioeconómica de Chiapas, establecida por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). En el 2005 eran nueve: Centro, Altos, Fronteriza, Frailesca, Norte, Selva, Sierra, Soconusco e Istmo-costero. Las cuatro regiones al parecer fueron elegidas de manera pragmática, a partir de su cercanía con Guatemala y por las relaciones que se establecen con los migrantes y refugiados de dicho país.

Y en tercera instancia, en la división regional de México, el Sur-Sureste contempla los estados de Chiapas, Tabasco, Campeche y Quintana Roo, que también son retomados para su análisis. En este sentido, se puede interpretar que el término de “región” —aun cuando no se problematice como concepto— ocurre en dos escalas: por un lado, como un espacio geográfico territorial donde conviven distintas culturas y, por el otro, como un espacio sociopolítico donde se manifiestan distintas tensiones y dinámicas políticas, religiosas, económicas intra y extracomunitarias.

A partir de dicha segmentación, en el texto se ofrecen datos cuantitativos del 2000 y 2001 que permiten comprender los cambios y procesos sociopolíticos y culturales: en primer lugar, se plantea que en la Frontera Sur se hablan entre 60 y 65 lenguas indígenas originarias de los cuatro estados, además de las lenguas que han llegado de otras partes del país, contando asimismo a las ocho lenguas que trajeron los refugiados guatemaltecos. Lo que podemos ver es que en esta región se

manifiesta una amplia diversidad lingüística. La lengua, consideran los actores sociales, tiene un significado profundo para los pueblos indígenas, “tanto que muchos de ellos consideran que si olvidan o no aprenden la lengua, dejan de ser indios” (*Ibid.*: 221). A partir de ello, se ofrece una estadística hecha por los investigadores sobre las lenguas originarias que se hablan en los municipios de los estados, y la reconfiguración de las lenguas a partir de cinco décadas que van de 1960 al 2000, en el que se nota el aumento del número de hablantes de ciertas lenguas como el tseltal y el tsotsil, y las que registran menos hablantes como los ch’oles.

En el segundo campo temático, los investigadores identifican que hay un aumento de la población indígena en la región Selva, especialmente en Ocosingo y Las Margaritas, y en Los Altos, específicamente en San Cristóbal de las Casas, que “de ser una ciudad mestiza, *coleta*, como ellos se autonombran, pasó a ser mixta” (*Ibid.*: 223). Asimismo, dan cuenta de que en Tenosique, Tabasco, entre los años 1980 y 2000 llegaron varios indígenas de Chiapas a trabajar. Sin embargo, de los estados de Campeche y Quintana Roo no se ofrece una información extensa sobre el crecimiento de la población indígena.

En el tercer campo temático se plantea que la Frontera Sur es una de las regiones de mayor diversidad religiosa. En el 2005, los autores señalan que el catolicismo seguía siendo la religión hegemónica, por encima de las otras no católicas, dato que actualmente podría ponerse en duda, pues de acuerdo con el estudio realizado por Rivera *et al.* (2011), en las regiones de estudio (Altos, La Selva, El Soconusco y El Norte) hay una creciente conversión religiosa protestante, evangélica y bíblica no evangélica. Esto se vincula con lo que los autores de la investigación habían identificado: “la diversidad religiosa es considerablemente mayor en las zonas indígenas que entre la población no indígena fronteriza” (Nolasco *et al.*, *op. cit.*: 228). Aunado a lo anterior, ofrecen también un recuento del trabajo de Tatik Samuel Ruiz, quien construyó un sistema de catequistas indígenas, diáconos y prediáconos para fortalecer el catolicismo y frenar la expansión de los protestantes, evangélicos y bíblicos no evangélicos. Sin embargo, sucedió lo contrario puesto que los diferentes credos religiosos no católicos se extendieron por las regiones de Chiapas, suscitando una serie de expulsiones y desplazamientos forzados de familias, reconfigurando las relaciones entre pueblos y los nuevos espacios que fueron apropiados por los exiliados.

En el cuarto campo temático, los autores plantean que no sólo hay una diversidad lingüística y religiosa en la Frontera Sur, sino política. En los municipios fronterizos de Tabasco, Campeche y Quintana Roo, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) era el partido hegemónico (1930-2000). Señalan que este partido tenía el control de algunas instituciones del gobierno, como el Instituto Nacional Indigenista y la jefatura de Asuntos Indígenas; integrados por un número considerable de maestros bilingües que iniciaron su carrera política con cargos en las presidencias municipales, manteniendo cierto

control sobre las comunidades indígenas. Los mayores conflictos por diferencias políticas se registraron en Chiapas, en donde el PRI perdió las elecciones para gobernador en el 2000 ante la coalición conformada por el Partido de la Revolución Democrática (PRD), el Partido del Trabajo (PT), el Partido Acción Nacional (PAN), el Partido Verde Ecologista de México (PVEM) y un partido local llamado Partido Democrático de Chiapas (PDCH). Los investigadores afirman —sin decir cuáles— que en los municipios fronterizos de Tabasco, Campeche y Quintana Roo, donde gobierna el PRI, es donde se presentan los menores índices de violencia por diferencias políticas. Finalmente, en este apartado también se expone, a modo de síntesis, la militarización de la frontera Chiapas-Guatemala debido a la formación del EZLN en la Selva y la creación de grupos paramilitares, los que provocaron distintos ataques y nuevos desplazamientos en las regiones estudiadas.

Con los cuatro puntos generales: diversidad lingüística, aumento de la población indígena en regiones específicas, la creciente diversidad religiosa, el control político-partidario y la presencia militar en la Frontera Sur, los investigadores, a partir de la aplicación de un trabajo etnográfico, realizan una caracterización de los actores que interactúan y son parte de los acontecimientos que configuran las regiones —los ciudadanos, los finqueros y ganaderos, que cohabitan en los municipios y las comunidades indígenas— a partir de constantes y particularidades sobre acciones que son condicionadas por las asimetrías económicas y sociales entre éstos.

Los investigadores señalan que los ciudadanos son quienes capitalizan “el poder oficial” que es amplio y regional pero no local. Controlan la vida económica, la política y electoral, la agraria y religiosa. Los ciudadanos habitan en las ciudades medias de la Frontera Sur. No conforman un grupo social homogéneo, ya que está compuesto por la alta burocracia, caciques, comerciantes al mayoreo, profesionistas y artesanos. Tienen una cultura urbana, pero provinciana, por lo que ejercen el poder marcando las distancias sociales. Los finqueros y ganaderos —generalmente blancos y mestizos— junto con los comerciantes ciudadanos y pueblerinos, manejan la economía regional. Éstos, como lo indica en su nombre, son dueños y administran las fincas, la producción agrícola y el rancho ganadero. Durante décadas se adueñaron de grandes extensiones de tierras, invadieron y despojaron los territorios indígenas, y éstos trabajaban para ellos en condiciones deplorables. Tras el levantamiento del EZLN varias fincas de la Selva fueron tomadas, y luego disputadas entre indígenas y contra campesinos ladinos pobres.

Los autores agrupan algunos rasgos sociales y económicos que, a su parecer, identifican a los pueblos ladinos, reconocidos como “pueblerinos”, tienen la característica de ser “mestizos y algunos pocos blancos” (*Ibid.*: 234). Destacan que el comercio de los ladinos se desarrolla en mercados locales. Generalmente, el comercio, la producción agrícola y el control político se centraliza en las cabeceras municipales, pero no va

más allá de su localidad o localidades que controlan. Según los investigadores, hay una distancia social marcada, visible entre los indígenas y no indígenas, con antecedentes históricos en Chiapas y Campeche, mientras que en Tabasco hay una cercanía y relación entre ambos. Los pueblos indígenas conforman una tercera parte de la población de la Frontera Sur, “ocupan las regiones rurales más marginales, producen para el autoconsumo y algo para la venta, y son la mano de obra barata, y fácilmente desechables para las fincas y ranchos” (*Ibid.*: 235). Existe un flujo migratorio hacia las ciudades donde los hombres llegan a trabajar, como en Cancún y Playa del Carmen, Quintana Roo; en Tapachula y Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Ello da cuenta de las constantes que se manifiestan sobre los destinos de trabajo que eligen los hombres, puesto que, anteriormente, los indígenas, sobre todo de Los Altos, preferían ir a las fincas cafetaleras. Sin embargo, debido a las condiciones adversas y los malos tratos dejaron de ir. Esto se revela a partir de los testimonios de vida, sobre todo de hombres indígenas que acompañan el texto. Ante la falta de trabajadores, los refugiados guatemaltecos fueron quienes se quedaron como acasillados.

Asimismo, los investigadores identifican que se presenta una fuerte emigración indígena interna hacia la Selva y externa hacia los polos de desarrollo: “los tseltales, los tsotsiles y tojolabales hacia la Selva y el sur de Tabasco; los mayas de Campeche hacia Ciudad del Carmen, y los de Quintana Roo hacia Cancún” (*Idem*). Con la llegada de familias indígenas a la Selva se crearon nuevas comunidades que trataron de reproducir la organización comunitaria que tenían en sus localidades de origen, se formalizaron los ejidos y las colonias agrícolas.

Algunas de las comunidades, influidos por la lucha del EZLN —cabe destacar que para los autores, el levantamiento zapatista se da en respuesta a los siglos de explotación y marginación que se replicó hasta 1994, año en que se dan giros en el pensamiento—, buscaron “el reconocimiento oficial para su sistema tradicional de gobierno y de justicia, ejercido sobre un ámbito espacial propio: su territorio, lo que implica autodeterminación” (*Ibid.*: 237), y que está relacionado con lo que los autores denominan “el poder indígena”, el cual se ejerce a nivel local y a partir de su forma de gobierno tradicional. A mi parecer, el poder, como es concebido por los autores, tiene una condición étnica —que parece diferenciarse del “poder ladino” o “poder mestizo”, aun cuando no se describan las características de éstos—, y que se expresa de distintas maneras como con el control de los ayuntamientos y cargos de elección popular, el comercio local, el manejo de los transportes públicos, entre otros. Asimismo, dicho poder se ejerce para coaccionar y establecer conflictos entre los pueblos y municipios.

Curiosamente, los autores retoman la palabra “indio” para referirse a los pueblos originarios, en un contexto histórico y político en el que su uso ya había sido ampliamente cuestionado. Si bien justifican que hablan de indios “para [referirse] a los hablantes de lengua vernácula y con una cultura de origen

indocolonial” (*Ibid.*: 233), hay una especie de desfase con el discurso de la lucha del EZLN y los movimientos campesinos los que, a partir de una nueva subjetividad y agenciamiento político, exigían el reconocimiento de sus derechos como pueblos indígenas, y no se reconocían como “indios”.

Bonfil Batalla ya había escrito 30 años antes de la publicación de este libro, que “indio es una categoría supraétnica que aborda indiscriminadamente a una serie de contingentes de diversas filiaciones históricas cuya única referencia común es la de estar destinado a ocupar la posición subordinada que corresponde al colonizado” (Bonfil, 1972: 119). Pese a la justificación que hacen los autores sobre la manera en que entienden dicha palabra, supone una debilidad argumentativa no en términos teóricos, sino políticos, considerando que en el 2001 la comandanta Esther ya había dicho en el Palacio Legislativo de San Lázaro: “queremos ser indígenas y mexicanos”. En el discurso se expresaba una forma distinta de reconocerse y enunciarse, en un contexto en el que la palabra “indio”, usada en la antropología tradicional, comenzaba a desplazarse.

En el segundo apartado, los autores ofrecen su perspectiva sobre las *relaciones interétnicas* en las regiones, entendida como la interacción e intercambio que establecen dos o más grupos, en los que se expresan relaciones de poder visibles entre las mismas comunidades indígenas, y entre los pueblos ladinos y mestizos “se usa la diferencia de lengua y cultura como un mecanismo para marcar la pertenencia a uno u otro grupo” (Nolasco *et al.*, *op. cit.*: 241). El poder, de acuerdo con los autores, se ejerce de distintas formas, una de ellas se da en una situación de dominación-dependencia de tipo económico, “en el que un grupo étnico se han impuesto sobre otro, al que domina o interioriza, y a la vez establece normas económicas que le permite apoderarse de la riqueza de los dominados” (*Ibid.*: 242). Este posicionamiento de los investigadores manifiesta su afinidad con las teorías marxistas, en el que se reconoce la superioridad de un grupo que coacciona e impone su voluntad sobre el grupo que consideran inferior.

La dominación se logra con el establecimiento de una hegemonía económica, que incide en la conformación de diferentes tipos de ideología en la mentalidad del dominante y el dominado. Esta afirmación supone un cierto determinismo, y más cuando los investigadores afirman que “la estructura social en la Frontera Sur, y tal vez en todo México, tiene colocados a los indios en la posición de dominados, así que aun cuando salgan del dominio económico, de todas formas, son indios y por ende inferiores y sujetos a dominación [...]. Ser indio conlleva un estigma, mientras que ser mestizo conlleva un prestigio” (*Idem*). Los autores identifican los discursos racistas y los actos de discriminación hacia los pueblos indígenas que dan cuenta de la falta de respeto a la diversidad cultural en México. Asimismo, identifican una serie de rupturas en las comunidades indígenas sobre las formas de pensar y relacionarse. Esos cambios sucedieron cuando el EZLN se rebeló contra el gobierno. Las relaciones entre campesinos, finqueros y gana-

deros tuvieron cambios sustanciales. Se dieron transformaciones históricas y también desencadenaron nuevos conflictos.

Eso nos lleva al tercer apartado general, “Los movimientos etnopolíticos: el Ejército Zapatista de Liberación Nacional”, en el que se expone cómo los pueblos indígenas de Chiapas se han sublevado en diferentes momentos históricos contra quienes los oprimen y coaccionan, luchas que fueron desarticuladas con el uso de la violencia y la muerte. Los investigadores ofrecen un recuento de los primeros diez años del movimiento armado del EZLN. Se exponen las demandas que exigían al Estado mexicano. Por un lado, se manifestaron contra la explotación, la esclavitud y el abandono. Y por el otro, por la reivindicación de sus derechos a la vida, la educación, la tierra, el territorio, por la búsqueda de autonomía y justicia.

Los autores mantienen una línea de la antropología política al considerar que el movimiento zapatista es, ante todo, político y étnico. Ciertamente lo es, puesto que la mayoría de los que estaban en la lucha, por no decir todos, se autoadscribían como parte de un pueblo originario. La lucha zapatista generó distintos discursos, empatías y rechazos que son expuestos en el texto, y se articulan las distintas voces de los actores que conformaron el escenario político; se presentan las acciones y los acuerdos que intentaron establecer el gobierno mexicano y los zapatistas, pero que no trascendieron debido a los cambios que el congreso realizó sobre los Acuerdos de San Andrés, en el que excluyeron el reconocimiento político de los indígenas como pueblos y a su autonomía política.

Sin embargo, los investigadores señalan que pese a la ruptura del EZLN con el gobierno, su irrupción provocó cambios no sólo en las comunidades zapatistas, sino en las comunidades indígenas de Chiapas, que se traduce en la constitución de un nuevo ser político indígena con capacidad de agencia y consciente de sus derechos, “valoran su propia situación y revaloran su ser indio y [...] se politizan en el sentido de conocer su propia realidad y tomar una posición ideológica frente a ella e iniciar la búsqueda de caminos para [...] mejorar su situación. Esta toma de conciencia cambia la actitud india” (*Ibid.*: 262). Aseveran que los pueblos indígenas son distintos después de 1994.

En el cuarto apartado, “Las identidades indígenas en la Frontera Sur”, los investigadores afirman que en las regiones estudiadas se manifiesta una profunda diversidad de pueblos pero que comparten una matriz cultural: la tradición cultural mayense. Sin embargo, ello genera una duda: ¿qué pasa con las comunidades zoques que han migrado a las regiones de la Frontera Sur? Puesto que en varios estudios se ha señalado que su matriz cultural es la mixe-zoque. Dicha generalización invisibiliza las identidades zoques y su relación con los pueblos indígenas mayenses. No obstante, en este apartado, a diferencia de los anteriores, se ofrece un estado de la cuestión sobre tres conceptos que son transversales en el estudio: identidad, comunidad y relaciones interétnicas.

Para reflexionar sobre la identidad, recuperan los planteamientos de Fredrick Barth y su trabajo sobre los grupos étnicos y sus fronteras. A Max Weber para pensar la comunidad, y la diferencia que hay entre grupo etnolingüístico y grupo étnico. Por ejemplo, los tseltales son un grupo etnolingüístico, pero los de Oxchuc y los de Chanal, cada uno, sería un grupo étnico que se localiza en la misma región que, en palabras de los investigadores, son reconocidos como “indios”. Esto último, es la discusión central del apartado, puesto que, en las relaciones interétnicas entre indígenas y ladinos, se manifiestan relaciones de poder que se dinamizan en el encuentro, y marcan distancias visibles que, aun cuando convivan en un mismo espacio, se reconocen distintos.

De acuerdo con el antropólogo Pedro Pitarch, citado por los investigadores, esto se da porque cada uno se reconoce “por un proceso de adscripción y autoadscripción que ha permitido la construcción de estereotipos para guardar la distancia social entre ambos” (*Ibid.*: 271). Esta afirmación supone uno de los principios fundamentales de la constitución de la identidad, concepto polisémico que está relacionado con varios elementos: mitos, ritos, parentesco, tradición, historia, memoria, herencia, gastronomía, lengua, territorio, entre otros. “La identidad sirve para distinguir lo propio —lo que uno es— de lo otro —lo que uno no es—. Es una autoafirmación de ser, pero requiere del reconocimiento social” (*Ibid.*: 273). Pero la identidad no es estática, puesto que ésta es posible mediante la interacción entre unos con otros, es parte de un proceso histórico incluso de confrontación entre culturas europeas y mexicanas que constituyen la diversidad de identidades existentes en los pueblos originarios no sólo de la Frontera Sur, sino en México.

No obstante, los autores identifican, a partir de los testimonios recuperados en campo, que la identidad se ve reducida a la lengua y cultura como los únicos indicadores: “si habla tseltal es indígena, si habla castellano es mestizo [...] Por supuesto, lengua, cultura y localidad no hacen la identidad, pero sí son con gran frecuencia considerados sus indicadores, tanto por propios como por extraños” (*Ibid.*: 274). Admiten que estudiar las relaciones interétnicas, culturales y de identidad resultan complejas para su análisis, “por una parte, a la gran diversidad que presenta la región y, por la otra, a los problemas metodológicos y epistemológicos para acercarnos a [los] concepto[s] y aplicarlo[s] a la realidad” (*Ibid.*: 271).

Los autores finalizan con dos preguntas provocadoras: la primera, “¿cómo hacemos para definir y delimitar pueblo?” (*Ibid.*: 281), interrogante que parece irresoluble no sólo por las limitaciones metodológicas y teóricas, sino por posiciones políticas y de reconocimiento por quienes realizan los estudios y sobre los actores sociales que lo conforman. Esto, además, se puede poner en discusión con la noción de región, es decir, con criterios de continuidad y discontinuidad a partir de los referentes identitarios de quienes habitan en las regiones, siempre dinámicos y cambiantes. La segunda, “¿se podrá algún día llegar a una identidad indígena?” (*Ibid.*: 279) pregunta que

es transversal en todo el estudio, que a mí parecer tiene un doble riesgo: por un lado, que puede responderse de tal modo que se homogenice la diversidad identitaria de los pueblos indígenas; y por el otro, anular la diversidad étnica dentro un contexto amplio.

En resumen, el ensayo, y el libro en general, es un valioso esfuerzo por reflexionar y comprender sobre la complejidad que emana de las relaciones interétnicas, de la reconfiguración de las regiones y las identidades en la Frontera Sur de México, a partir de los distintos acontecimientos sociales, políticos e históricos que se dieron entre la década de los ochenta del siglo pasado y en los primeros años del presente milenio, que son descritos e interpretados por los investigadores quienes, además, demuestran el amplio trabajo etnográfico realizado. Sin embargo, uno de los grandes pendientes del ensayo refiere a la poca presencia de las voces de los actores con quienes trabajaron y que, a mí parecer, está vinculado con los lineamientos de una etnografía tradicional en la que el investigador habla por sus interlocutores. Pese a ello, el texto se hace necesario para quienes tienen interés en comprender los cambios, las rupturas y continuidades en las regiones estudiadas.

Referencias bibliográficas

- Bonfil, G., (1972) “El concepto de indio en América: una categoría de la situación colonial” en *Anales de antropología*, Vol. 9, pp. 107-124.
- Nolasco, M. et al., (2005) “Ser indio en la frontera sur: identidad, relaciones interétnicas y guerrilla”, en Bartolomé, M. (Coord.), *Visiones de la diversidad. Relaciones interétnicas e identidades indígenas en el México actual*. México, INAH.
- Rivera, C. M.C. García, M. Lisbona, I. Sánchez y S. Meza, (2011) *Diversidad religiosa y conflicto en Chiapas. Intereses, utopías y realidades*. México, UNAM.
- Subcomandanta Esther, (28 de marzo de 2001) “Queremos ser indígenas y mexicanos. Mensaje central del Ejército Zapatista de Liberación Nacional” en *La Jornada*. [En línea]. México, Recuperado de: <<http://www.jornada.com.mx/2001/03/29/per-indigena.html>>, consultada el 13 de agosto de 2018.

